



Versaciones de un chupaplumas



Sin acertar, por cierto

[1]

y de un humor horrible — me sentí inclinado a imaginar a la vista de cómo entraba por la puerta sin besar a los niños, ni decir buenas tardes, y dando sí un portazo con los cabellos chorreantes y gruñendo “¡asco de lluvia!” —, a reconocer ni la estancia que debería serle tan familiar como la palma de su mano o como el par de adorables querubines a los que miró con extrañeza preguntado, dejándose caer sobre una silla, “¿y estos niños quiénes son?” para añadir, sin aguardar respuesta, que qué vida tan aperreada le había tocado vivir, y que si no había en aquella casa un poco de café, y “¡qué harta estoy!” y, a mí, que ya me podía ir largando porque detestaba, aborrecía, le daban cien patadas los tipos como yo...

Ah... Y que eso de *el par de adorables querubines* — “entérese cantamañanas cursi del carajo”, gritó — y una mierda... “¡Pero, hombre, por favor!”.

Y que qué se habría creído *este imbécil*; es decir: yo.



Que habría sido una forma no menos airosa que cualquier otra de terminar pero yo, que siempre he sido un imbécil — en eso ella tenía toda la razón de este mundo¹ aunque en otras muchas cosas pudiera estar equivocada o

¹ — y no hubiera sido — cometí la ingenuidad de confiarle este pequeño avance a mi amigo —, por tanto y en justicia, ninguna tontería el dársela; pero a mí se me metió entre ceja y ceja — continué sincerándome — que no, que no me daba la gana darle la razón en algo tan ofensivo e insultante por mucho juego que me hiciese... ¿Te parece que hice mal? — aunque como no respondió, no respondió pero me di cuenta de que me miraba como me miró a la coronilla cuando lo del rifirrafe y temí que se pusiera de pie y me terminara diciendo como entonces, así como que mñe, mñe, mñe, “¿te parece que hice mal?” y “pedazo de memo” entre dientes, opto por (es decir “opté”), ser más sagaz y no ir por el mundo tan a pecho descubierto antes, puesto que aún estaba a tiempo, de pasarlo a limpio.

Sin acertar, por cierto

[2]

por lo menos no poco confusa por culpa, entendí², del conflicto emocional en que se hallaba inmersa por causa de la tormentosa e ilícita relación que mantenía con aquel tipo maduro del traje azul, tan bien plantado —, me quedé ahí, allí, con cara de tonto delante la puerta cerrada de un golpe y la garganta seca frente a él, que me mira con cara de no comprender porque, fuera³ por cualesquiera de las diversas variopintas circunstancias aleatorias que pudiéranse por ventura o desventura terciar o por cualquier otra que no acertase yo a prever, la continuación se negó a no discurrir por alguno de los cauces que tenía yo más o menos tanteados como del todo intransitables sino por uno nuevo, distinto e impensado aunque no menos extravagante, desde luego, como el que la señora de Ramírez hijo descubrió cuando, removiendo el azúcar del café que le había servido la señora de Ramírez padre, tuvo la extemporánea, descabellada ocurrencia, de — ante el estupor de los pequeños, y de los mayores, y del pudiéramos llamar “intermedio” porque Ramírez era un hombre de estatura normal, ni alto ni bajo — saltarse todas las normas de la urbanidad y de la elegancia y del decoro soltando, de sopetón y a bocajarro, que... ¡qué caramba!, que por qué no... ¡verdad! — y se reía, muy contenta, mirándolos a todos de uno en uno en demanda de una aprobación que por qué no iban a darle... ¡qué bobada! —, por qué no cuando era algo que le venía rondando por la cabeza y... bueno, dijo, encogiéndose de hombros y poniéndose con resolución en pie para, llegándose al menor de los niños — entretenido, tal vez por la admiración

² muy mal, por cierto, pero, [como luego explicase el señor Ramírez](#), era comprensible y había que disculparme porque, argumentó, cuando uno se obceca y se empeña y se empecina en dar por bueno (“o por malo, en este caso”, quiso puntualizar pero, ya digo, al mocoso se le daban las pajaritas de perlas pero en lectura iba muy retrasado) que aquello que uno piensa es como lo está viendo o viceversa se ve expuesto a, aun sin quererlo ni desearlo, caer [cuando menos en engaños](#) que cobran carta de naturaleza sin el menor fundamento.

³ Vengo diciendo [sin lograr terminarlo de encauzar](#).

Sin acertar, por cierto

[3]

y el cariño que profesaba al abuelo, en hacer una pajarita de papel —, acariciarle amorosa los cabellos y declarar “¡pero si sois mis hijos!” y añadir que *qué estupideces tan sin sentido se dicen a veces, en algún momento hay que tomar decisiones y este no es ni mejor ni peor que cualquier otro para invitarlo... no ya, por supuesto, a degustar uno de esos deliciosos platos en los que mi marido le habrá dicho soy tan diestra, pero sí a que... En fin, basta ya de rodeos: puede llamarme Sonia.*

— ¿“Puede llamarme Sonia”? — él, mi amigo, cuando al fin reaccionó.

— Sí.

— ¿dijo que la podías llamar Sonia?

Y se pone de pie, y camina hasta el ventanal y se queda, un rato, allí mirando los coches y las gentes y los escaparates del otro lado de la calle donde, recuerdo, novias de cartón piedra exhiben trajes blancos, sonrientes, inmaculados e impolutos contemplando, a salvo de *las primeras gotas de una lluvia gruesa, cómo las formas de las nubes se van modificando, inmóvil, despacito, indiferentes, para dejar de ser el mapa de algún país en el que nun...*

— Eso es exactamente lo que dijo.

— ¿Estás seguro?

— ¡Y tanto que lo estoy!

— ¡Qué desfachatez!

— Y que por qué no... Además —. Le digo, porque quiero ser muy veraz, muy riguroso, ponerlo al corriente de los hechos puntualmente tal y como paso por paso van sucediendo

— ¿Y que qué bobada?

— Exacto: tú lo has dicho.

— ¡Lo has dicho tú!

... ca estuvo y convertirse en un dragón rugiente amenazando, con su lengua de fuego, con obedecer no a ningún impulso o necesidad o convicción propia pero sí a algo monstruoso e irracional que embargaba su alma y, sacudiendo la cabeza, resolver moverse — pues ya he dicho que permanecía de pie, de espaldas, mirando inmóvil hacia

Sin acertar, por cierto

[4]

la ventana —, *no con mucha resolución pero sí la suficiente para abalanzarse sobre mí de improviso y, propinándome puñetazos y patadas, increparme y proferir nuevos insultos que, sólo por preservar lo que quién sabía para quién en medio de tanta confusión era tal vez un estilo que convenía salvaguardar de reiteraciones innecesarias* — dijo, con enorme sequedad — me invitaba a omitir aunque, lo sabía... “¡porque te conozco, pedazo de cabrón!”, yo iba a hacer lo que me diese la gana.

— ¿Yo?

Y él que pues que claro y que quién si no.

Y que qué lástima de no tener más amigos que yo en los que haber podido depositar su confianza, y sus ilusiones, y sus esperanzas de hacer llegar a alguien a ser el escritor nuevo, distinto y diferente, que él no supo ser...

— ¿Y quieres saber por qué? — inquiera, endureciendo la mirada y agarrándome por las solapas⁴ de manera que, los pocos clientes que no abarrotan el local⁵, aunque nos dediquen alguna mirada ocasional ni se inmutan habituados, en estos tiempos en que todos pasamos ya de todo, a las escenas violentas...

— Sé muy bien por qué — respondo, obligándolo de un tirón a soltarme; y, sentándome de nuevo con mucho aplomo, le espeto a bocajarro —: ¡Porque eres un cobarde!

— Y tú — él a quemarropa — un chupatintas de mierda.

— ¿Yo un chupatint...

— Tú, sí; tú, tú, tú.

Y que eso es lo que me pierde.

Y que tengo un sentimiento muy filmico de la vida; y que la vida es otra cosa y que yo tengo la mente muy deformada de ver tanto cine, por las tardes, matando

⁴ Un poco al estilo Humphrey Bogart, se me ocurre, pero ya veré.

⁵ Me gustaría decir que había muchos, sentados a las mesas, en mangas de camisa y con sombreros echados hacia atrás o un poco ladeados, jugando al póker y bebiendo whisky. Pero, no; el establecimiento está casi vacío, sin más concurrencia que tres señoras de edad enjoyadas, pintadas y teñidas que juegan al continental, que no es lo mismo...

Sin acertar, por cierto

[5]

las horas de cualquier manera porque soy un ser sin inquietudes ni ambición de superación ninguna que no sabe utilizar su tiempo libre...

(¡Continuará!) ⁶

⁶ **Dijo, de repente, en tono tan cordial y amigable que pensé que estaba contento, satisfecho del rumbo que al cabo de tantos intentos fallidos empezaban a tomar los acontecimientos.**

Pero, cuando muy pocos días después volvemos a vernos, lo encuentro deprimido.

- ¿Qué te pasa? — le digo abriendo la carpeta.

- Nada — contesta cerrándola — ¿Qué quieres que me pase?

- Nada...

- Pues ya puedes ir entonces alegrándote.

- ¿Sí? — he vuelto a abrir la carpeta y estoy un poco distraído, hojeando los papeles — ¿Por qué?

- ¡Pues porque eso es exactamente lo que me pasa!

- Bueno — le contesto, maldiciendo en silencio de mi mala costumbre de no numerar los papeles (a la que, por cierto, decido poner fin hoy mismo) —, pues me alegro.

- Te alegras, te alegras... ¡Te importa un cuerno!

- ¿Estás de mal humor?

- ¡No!

- ¡Vaya — murmuro por lo bajo, a lo mío —: otro motivo de alegría!

- Eso — él —: ponte sarcástico.

- Perdona — levanto la cabeza y lo miro —: ¿Qué decías?

- Que te pongas sarcástico.

- ¿Tú crees que debo? — le pregunto, volviendo a mis papeles.

- No, pero ponte...

- ¿Así, porque sí; sin reflexionar si hay un motivo, una circunstancia que lo justifique?

- Las personas como tú no necesitáis motivos. Tiráis para adelante y *aquí me las den todas...*

- ¿“Tiráis para adelante”? ¿Yo tiro para adelante?— renuncio a ordenar los papeles — ¡A mí sí que me las dan todas en el mismo carrillo!

- ¡Ahora va a resultar que tú eres el que sufre; que tú eres el mártir!

- ¡Pero si yo he llegado muy contento! ¡Si tenía incluso una estupenda noticia que darte!

- Pues, hala: suéltala.

Sin acertar, por cierto

[6]

-
- Lo estoy intentando — y me sumerjo de nuevo en los papeles — pero como estoy tan... con todo esto.
- Eso es ¡Machaca un poquito más el clavo, anda!
- Y creo que te haría gracia, fijate...
- ¡Seguro que muchísima!
- O, a lo mejor — es prodigioso que tan pocos papeles puedan estar tan revueltos — no tanta, pero... ¿Tienes un bolígrafo?
- ¿“Tienes un bolígrafo”? ¿No tienes bastante con el ministerio?
- ¿El ministerio? ¿Me tengo que ir ahora al ministerio y hacer dos trasbordos de autobús por un triste bolígrafo?
- ¡Ah, sí; los creadores sois así! — alarga la mano y me cierra la carpeta de un... carpetazo — ¡Los creadores podéis dejar tirado todo y a todos por seguir creando!
- Eso tendría que hacer — contesto; mirando los papeles, que han revoloteado y están por el suelo y, dos o tres, en la mesa de al lado —: dejarlo todo tirado.
- ¡Y ponte sarcástico!
- Ahora no, hombre... — y como me agacho a recogerlos se levanta a (imagino) ayudarme — Aunque, bien pensado...
- ¡Pues claro, hombre; ponte cada vez más un poquito más sarcástico! ¿Por qué no?
- Bueno — me rindo y me pongo de pie —; me pongo sarcástico si tanto empeño tienes y, a los papeles — les doy una patada — que les den por saco.
- Y para que no se sienta culpable por haberlos tirado, hoy precisamente que debe de pasarle algo, le alargo al sentarme un cigarrillo y...
- De todas maneras no conseguía ordenarlos, así que... Anda — le digo — déjame un boli...
- Pero él, uno que he cogido, un papel, uno cualquiera al puro azar, me lo arranca de un manotón; y haciendo una pelota con él y tirándolo contra la pared dice que está harto, y que le toca las narices que yo, que soy un novato, un “recién llegado a la profesión”, dice, parezca saber adónde voy tan decidido y sin quejarme, sin lamentarme nunca de no estar inspirado...
- Porque tú — dice, mirándome a través del humo del cigarrillo que acaba de encender —, ¿qué pasa, que nunca te atascas?
- ¡Pues claro que me atasco! Pero como tú, encima, quieres que lo deje todo, lo poquito que parece que llevo un poco encarrilado para ponerme, sin práctica ninguna, de repente sarcástico...
- Pero...

Sin acertar, por cierto

[7]

(que ya veremos si de verdad
continúa o **si va a resultar** o no)

Que lo escribí así, en rojo, adrede, para al manejar los papeles recordar que no quería correr más riesgos, ni cometer nuevas imprudencias, ni que nadie me pusiera la cara colorada ni una sola vez más; pero volví, a pesar de todas mis precauciones, a sentirme frustrado porque, contra lo que yo tenía previsto y planeado, él no me mira con cara de no comprender, ni protesta “¡Eso lo dirás tú!”, ni me da ninguna de las respuestas que no fuese yo capaz de imaginar que me daría mientras me fijaba en las manos del anciano porque se me ha olvidado, ido de la cabeza preguntarle aquello de que quién que no fuera un imbécil habría aceptado meterse en semejante lío.

Así que supongo que nos quedaremos callados, sin saber por dónde seguir, otra vez mirando por la ventana pero sin que en esta ocasión se me ocurra echar cuenta de si los cristales están limpios o no; y sin dibujar redondeles ni casitas ni árboles, ni chimeneas ni humo ni... ¡Nada de nada!

La mañana, además, está siendo hoy muy

- Que no importa, de verdad — porque ahora sí que empiezo a sentirme también yo harto; y me agacho a recoger otro papel —. Vamos, dame ese maldito bolígrafo de una vez.

Me lo alarga, por fin.

- Ya tienes tu bolígrafo — dice mirándome ceñudo ahí tan tranquilo yo, cruzado de brazos — ¿Y, ahora, qué te pasa?

- Pues nada — le contesto — que estoy esperando.

- ¿El qué?

- ¡Pues que me dictes algo sarcástico!

Entonces va y me contesta que está hasta los “güevos” — literalmente y con la diéresis muy pronunciada — de devanarse los sesos por mi culpa; y que en qué mala hora me pidió el puto favor de que lo suplantara porque desde entonces no hace otra cosa que darle al tarro porque soy tan insaciable — dice — que ya hasta los pelos de punta se le ponen “cuando oigo sonar el teléfono y ya sé que eres tú pidiendo «¡material, material, más material; que yo no sé estar parado!»”.

Y que para eso no me había necesitado a mí para nada...

Sin acertar, por cierto

[8]

tranquila aquí, en el ministerio, de manera que ni siquiera puedo refugiarme en mis aburridos expedientes y toda mi actividad se reduce a pensar, discurrir, tratar de hallar una pista, un indicio que me pueda orientar de en qué momento ni qué circunstancia propició que mi vida tranquila y apacible se torciera, cambiara su sereno transcurrir y me enfrentara con toda esta vorágine...

Miro el reloj y como veo que aún falta un rato largo para que den las tres me dedico a, por matar el tiempo, jugar con el abanico de las posibles causas que pudieron llevar a que la señora de Ramírez hijo – creo que de momento será mejor que la continúe llamando así, porque si estaba justo entrando por la puerta parece obvio que *puede llamarme Sonia* tuvo que decirlo después – llegase tan malhumorada y protestando de una lluvia que a pesar de que sus cabellos chorreaban yo no terminaba de ver porque, puedo recordarlo claramente puesto que habían pasado apenas unas horas, la tarde estuvo bastante despejada y ella, me parece estarla viendo, sentada en la butaca en la habitación que en los últimos días venía reconociendo como su pequeño cuarto de estar de siempre; mirando cómo las formas de las nubes se iban modificando para dejar de ser el mapa de algún país en el que nunca estuvo y convertirse⁷ tal vez en un dragón horrisono, rugiente y amenazante, arrasando, abrasando, reduciendo a cenizas con su lengua de fuego todo cuanto encontrara... en su camino.

Anda que qué mal humor tengo.

Luego bostezó y se excusó con el posible dragón, quizás, alegando que eso de imaginativa tan sólo era una suposición que a saber si de verdad había pasado por la mente de alguien o era visto cara a cara tan temible aunque fuese nada más como hipótesis con poco fundamento; o bostezó tan sólo sin haber recapacitado ni por un momento que fuera esto o lo otro o sin, incluso, haberse percatado de que estuviese existiendo, tan distraída y pensando en sus cosas.

⁷ Aunque sólo en el caso de que se fuese muy imaginativa. (Que está por ver).

Sin acertar, por cierto

[9]

De cualquier modo se puso en pie.

Y se sabe que se acercó a la ventana para a la luz de la farola mirar el reloj si bien, como no dijo a nadie qué hora vio, se alberga una duda razonable al respecto y se sospecha únicamente que ya debía de haber caído la tarde.

¿Sentía pereza?

Cabe inferirse que sí puesto que era persona hogareña, en primer lugar; y en lugares posteriores pero sin tener que desvivirse por establecer un orden riguroso:

a) porque no tenía costumbre de arreglarse tan tarde.

b) porque no sabía qué tenía que ponerse.

c) porque el único billete que tenía se le antojaba demasiado grande para el taxi.

d) porque había olvidado además el nombre de aquel sujeto y, encima, no habían concretado nada como quien dice acerca de los niños.⁸

A lo mejor recordaba, si se ponía en situación y era capaz de concentrarse, haberlos mencionado, haber dicho aunque de pasada y atenta a otro quehacer los estoy acostando; y podría recordar también, ya encarrilada, haber instado a aquel tipo a espérame, que iré en seguida, ya sabes que me expreso mejor en persona que a través de este aparato y con las manos manchadas de harina, oliendo además a pescado.

Pues porque dijiste: unos salmonetes.

-Nos estamos liando.

Querías unos salmonetes para cenar.

Resultaba obvio que eran pequeños⁹, que ya era algo.

No se decidía, sin embargo, a afirmar de manera rotunda nada en lo referente a cuántos. Y si es verdad que dio por hecho, de forma espontánea, que eran dos, no se podía descartar del todo la posibilidad de estarse equivocando. Y, además, tenía la absoluta certeza de

⁸ Si es que habían llegado a hablar de los niños. (Comprobar)

⁹Ojo a no confundir con los salmonetes.

Sin acertar, por cierto

[10]

ignorar si pertenecían al mismo sexo¹⁰.

En el dormitorio demoró el mirarse al espejo por temor a que el no sorprenderse de sí misma le causara la familiar sensación de extrañeza que la sumiría, como se había convertido en querencia, en un mar de dudas agitadas, oscuras y embravecidas, que acostumbraba imaginar estrellándose contra las lunas del armario devolviendo o incluso vomitando una imagen ni más inadecuada ni más propia que cualquier otra para el fin que a alguien, en algún lugar, se le resistía una vez tras otra.

—Estoy harta — informó, a quien correspondiese, con la mirada en los dibujos de la alfombra — de no llegar jamás al final de algún camino.

Y se sintió rota en tantos trozos tan perdidos como los tiempos de todas sus vidas; mareada y con deseos de acostarse, así, sin ni quitarse la ropa que tenía puesta, ni cenar ni repasar las luces o si la puerta estaba bien cerrada, y dormir, mucho, todo lo que quisiera cuando que ni quién podría impedirlo cuando nada ni nadie la apremiaba.

Pero, no. No se podía meter en la cama y hacerse un ovillo. Sería una irresponsabilidad de la que era muy poco probable que nadie viniese a pedirle explicaciones, eso ya lo sabía, pero temió que el solo hecho de pensar en cometerla la hiciera sentir una culpabilidad de la que ignoraba de qué manera acertaría a liberarse de una forma nueva.

Así que decidió no pensarlo bajo el pretexto, sensato por otra parte, de que no se conocía lo suficientemente bien para correr el riesgo.

—Bueno — se dijo —, pues si no vas a cometerla, espabila.

O sí se conocía pero desconfiaba. A su manera.

Había desperdiciado un número indeterminado de esfuerzos intentando desconfiar igual que todo el

¹⁰ **O cuántos, caso de que se estuviese tratando de los salmonetes — en cuyo caso la cuestión del sexo habría de obviarse —, serían necesarios (o “suficientes”) por ración.**

Sin acertar, por cierto

[11]

mundo antes de convencerse de que, a la vista de tanto fracaso, parecía evidente que estaba condenada le agradara o no a desconfiar de una forma un tanto atípica... sí, puede, pero no menos fiable, a fin de cuentas y decidida a superar el golpe, que cualquiera de tantísimas otras con las que no acertó a identificarse ni aprendió a dominar a la hora de no dejarse seducir por unas apariencias que desaparecerían, se esfumarían sin haber tenido siquiera tiempo de encariñarse, siempre poco, con ellas.

Y recordaría, luego, si las cosas no se complicaban de forma que la vida se volviera tan intensa que sólo cupiese vivir el presente, al hilo y al momento y sin tiempo siquiera de echar la vista atrás un instante apenas, que al descruzar las manos se vio de refilón los dedos y, el meñique de la mano derecha sobre todo, le recordó a los niños.

¿Pero qué sucedería si se complicaban?

Pues que no recordaría, está bien claro.

—Eso se dice muy pronto — hubiese dicho; pero como no había quien la escuchase nada más lo pensó.

De todos modos y aunque pudiese parecer una niñería, si hubiera ante quién elevar la correspondiente súplica ella rellenaría con letra grande y clara el formulario pertinente solicitando conservar estas manos; pensó... «Y si cuela, cuela».

Y, si le cupiera, en ese espacio tan pequeño destinado a observaciones esgrimiría argumentos tales como que pobrecitos, necesitaban una madre como Dios manda porque... «Yo... ¿Qué edad deberé de tener ya?»

Bueno. Ahora se tenía que vestir y arreglar. Había dicho voy para allá y ella era una mujer responsable, o quería serlo, o se quería comportar igual que si quisiera serlo; que es, hasta donde la memoria le alcanzaba, lo que había hecho siempre poniendo toda la carne en el asador y aplicando todo su brío a tareas tan poco apasionantes como el permanecer ociosa, tardes enteras, arrancándose un granito o un pelo de una ceja y contemplando, apática, el rodar de los coches por el escaléxtric.

Al ponerse en pie se encaró con el espejo de la

Sin acertar, por cierto

[12]

puerta del armario y, aunque la abrió con decisión y el movimiento fue rápido, tuvo tiempo según la deslizaba de acertar a sospecharse. O de verse, por error quizás, pero claramente y sin ambages; tal cual era y frente a frente.

Hubiera debido sentir uno de esos malestares tan enormes que la obligan a una a, con lo primero que pilla, darse un poco de aire. Y el no sentirlo la inquietó.

De cualquier modo se podía ir tranquilizando porque la habitual sensación extraña que invariablemente le causaba el no sorprenderse de sí misma, hoy, sin saber por qué, no se había producido.

Le pareció tan extraño que pensó si esperar unos minutos por si se trataba de algún desajuste, algún problemilla de sincronización; pero se le estaba haciendo decididamente tarde y optó por tirar para adelante aunque fuese sin el inveterado temor que, no atenazándola, le dejó un desagradable vacío en la boca del estómago.

—Volverás pronto — auguró. Y como para sí, pasándose la mano por el pelo —: Esta ausencia no puede durar mucho.

En las perchas estaban sus vestidos y, en cajas alineadas, los zapatos que hacía siglos que ya no se ponía; con los letreros que antaño les pusiera, «rojos tacón», «sport beige», «ante negros».

¿Y las sandalias negras de tacón de aguja?

Pensando, un poco.

Porque pensando un poco se termina, ¡seguro!, recordando... Pero, y si no era verano, ¿qué?

Ella tenía más bien calor, desde luego.

Pero podía ser un calor anticuado, de antes, de alguna vez en que bajo los efectos de un golpe de frivolidad fuera de vacaciones a algún exótico paraje tropical del que no conservaba ni rastro de memoria; tenía sí una remota noción de que estaba empezando a llover, aunque dudó entre tomarla en cuenta o sospechar que se lo había dicho para que se desanimara y no fuese.

—Pues me vas a oír — le dijo.¹¹

¹¹ Al marido.

Sin acertar, por cierto

[13]

–Puede estar actuando igual que tú: obedeciendo órdenes — se contestó, revisando las prendas.¹²

¹² Y, las páginas, aunque por los pelos, trece. Y sólo desde las dos y veinte, como quien no quiere la cosa... (que cualquiera diría que lo he hecho adrede).

Pero como no quiero poner de mal humor acordándome de Gutiérrez y de que por culpa de sus malditos ocho días de vacaciones pendientes no volverá hasta el próximo... (¡Mierda!), cierro la carpeta y me pongo la chaqueta y me encamino hacia la puerta... (¡Mierda!) y opto por regresar y volverme a sentar y tratar de pensar... (¿más mierda?) que posiblemente, a poco que lo intente, encontraré una razón convincente para ponerme de mal humor de una manera dif... (digamos “distinta”; y evitaremos una nueva *mierda*) que logro, al fin, encontrar considerando que es absurdo sentirse tan contento por haber logrado escribir de un tirón trece páginas que qué son, después de todo, trece páginas de mierda.

Y hundo, ahora ya sí desesperado, la cabeza entre las manos para, al cabo de un rato, entristecido pero resignado, terminar por quedarme adormilado; y recordar al despertar haber soñado que coloco, con el último sorbo de café ya un poco frío porque como siempre se me ha vuelto a ir el santo a un cielo que ahora cuando suba las persianas ya veré si es azul, redondito y en línea con el texto un punto que me gustaría llamar final; y pasar página.

Dejar estas trece que llevo, así, tal como están, sin añadir ni quitar ni poner ni repasar ni revisar ni corregir ni lamentar y darme media vuelta y olvidar; olvidar y volver a nacer como si estuviera saliendo de nuevo del vientre nuevo de una ballena nueva como el viejo Jonás vomitado, arrojado tan lejos de todos los mundos conocidos por todos mis desconocidos de este mundo que nadie, nunca, me pueda volver a encontrar ni igual ni diferente a como dicen estar hallándome cuando, cuando me ven, me dicen por ti no pasa el tiempo o te veo muy bien o muy mal y empezar otra, en blanco, inmaculado, en el que dar a ciegas casi siempre casi nunca en el centro de un algo que dudaré, sospecho, cuando lo esté teniendo en frente, estar sabiendo o no identificar, reconocer como el objetivo último, sereno y ponderado, que todo mi ser desea alcanzar para, también como siempre y bien despierto, volverme a exceder...

– ¡Mierda!

Mi amigo dirá (imagino) que eso me pasa por meterme en complicaciones innecesarias numerando las páginas; pero como no quiero volver a excederme no le contestaré.

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[14]